

El hecho histórico y su historia

*Luis Ervin Prado Arellano*¹

Profesor Asociado Departamento de Historia
Universidad del Cauca

El presente escrito no intenta ser un estudio exhaustivo acerca de la interpretación que sobre los Hechos ha tenido la disciplina histórica, y, en particular sus diversas corrientes. Más bien pretende exponer algunas de las conceptualizaciones que sobre el mismo, gestaron las escuelas históricas que mayor impacto han tenido dentro de la tradición disciplinar en la Historia profesional de Colombia.

La denominada historia científica data de los inicios del siglo XIX. Sin embargo, existen antecedentes centrales dentro de la cultura occidental para la configuración del género denominado *Historia*. Uno de ellos se remonta a la antigüedad clásica, con el proceso de constitución del *ciudadano*, la emergencia del ciudadano en la polis griega, ya como combatiente o investido de una parcela de dominio político, desea saber cómo se desarrolla los asuntos de la ciudad. Dicha exigencia da inicio a un sentido histórico, de comprender el presente a partir del pasado; este acontecimiento se manifiesta en el momento en que se instaura la *Polis* y su correlación con las narraciones de Heródoto, que cuenta *cómo y por qué* griegos y bárbaros se enfrentaron dos veces en sangrientos combates; intenta con Tucídides, sacar del desorden de las guerras una lección que permita la elaboración de un cálculo político eficaz, con el cual se pueda eliminar la contingencia de las decisiones; se interroga con Polibio, sobre las causas que por encima de la motivaciones conscientes hacen que los pueblos actúen de una manera y no de otra².

El segundo antecedente, es la aparición de los historicismos, siendo el cristianismo la primera “filosofía de la historia”, que permite que el sentido histórico, esa relación que percibe occidente entre pasado y presente, se engarce o eslabone en una

¹ Coordinador del grupo de investigación: Estado Nación. Organizaciones e instituciones (1810 – 1930).

² En todo caso la historia es concomitante con la aparición del Estado, o particularmente la primera expresión de Estado occidental, Cfr: CHALETET, Françoise. “La Historia”, en: Historia de la Filosofía. Ideas y doctrinas. La Filosofía de las ciencias sociales, el siglo XX. Madrid; ediciones Aguilar, tomo IV, pp. 190 – 191.

continuidad y significación, en donde los sucesos se organizan en torno a una meta, un fin trascendente, por encima de las contingencias de los sucesos humanos. A partir de ahí, inicio y fin, tiene una dirección, un *telos*, que posteriormente se secularizará con los nuevos historicismos que emergen entre los siglos XVIII y XIX, expuestos por Condorcet, Comte y Spencer, que tendrán su expresión en la idea de Progreso y posteriormente Desarrollo³.

El tercero y último, que es el que compete a este escrito, surge con el modelo de las ciencias físicas, es la cuestión que plantea de saber si es posible introducir en lo que concierne al devenir de las sociedades, un control riguroso que permita extraer un conocimiento positivo, una verdad; es el esfuerzo por convertir a la Historia en ciencia. Dicho proceso que se puede ubicar preferencialmente entre el siglo XVIII y XIX, promovió de manera consciente o inconsciente el problema y la reflexión del hecho histórico. El inicio o más bien el esfuerzo por parte de intelectuales por establecer un conocimiento verídico sobre el pasado, por fuera de los mitos y los relatos fantásticos, es el que lleva a la cristalización de un método, que tiene sus primeros antecedentes en las órdenes monásticas europeas del denominado periodo moderno, que en su estudio de los textos clásicos buscaron identificar las descripciones incorrectas de los textos antiguos⁴. De la misma manera David Hume en Inglaterra, consideraba que el escepticismo conducía a un análisis factual más riguroso; Agustín Thierry y Jules Michelet en Francia, demuestran que el relato histórico no es una colección de anécdotas, que existe un orden en los acontecimientos del que se pueden extraer los principios apropiados⁵. En síntesis, el periodo que va entre el siglo XVIII y XIX, es el momento en el cual la reflexión por un método para la indagación del pasado cobra relevancia, que se encuentra relacionado con la formación de las ciencias naturales y posteriormente las sociales, que exigen a las últimas la necesidad de definir sus objetos de estudio, sus métodos y sus formas de escrituras canónicas.

Es sobre este telón de fondo, donde cobra relevancia la necesidad de construir un relato del pasado que sea verdadero, y, que manifiesta ya en sus primeros momentos el esfuerzo por erigir un conocimiento positivo, por fuera de las interpretaciones teológicas e ideales. El principal esfuerzo surge en la academia prusiana por parte de Leopold Von Ranke, que es considerado el padre del método histórico. Pero realmente más que ser un innovador, Ranke, lo que hace es sistematizar unas ideas que se encuentran en el ambiente intelectual europeo acerca del estudio y la indagación del pasado. Independiente de su reflexión sobre la investigación histórica - que estaba encaminado principalmente a extraer de la pesquisa documental con la crítica interna y externa de los documentos, la verdad que se hallaba cristalizada en los viejos pergaminos y cartularios medievales-, Ranke construyó una conceptualización acerca de lo que es el hecho histórico. Dicha conceptualización se inscribe en su escuela histórica que fue conocida por unos como *Historicismo* (George Iggers), y por otros,

³ Sobre la construcción de la idea de Progreso en el mundo occidental consultar a: BURY, John. La idea de Progreso. Madrid, Alianza Editorial, 1ª edición en "Área de conocimiento. Humanidades", 2009.

⁴ CORCUERA de MANCERA, Gloria. Voces y silencios en la historia. Siglos XIX y XX. México, Fondo de Cultura Económica, 1997, p.115.

⁵ CHATELET, Op cit. P. 193

como *escuela científica o escuela histórica* (Gadamer), su esfuerzo, fue separarse de la propuesta hegeliana de la historia que consideraba primero una construcción apriorística del mundo y proponían que la única manera de comprender la historia no era con una filosofía especulativa, sino por medio de la indagación histórica⁶.

En este orden de ideas, el historicismo alemán de Ranke, debe entenderse en un sentido distinto al utilizado por Karl Popper, para designar una serie de interpretaciones del pasado que pretenden demostrar la existencia de leyes fijas y predeterminadas del devenir histórico. El Historicismo de Ranke debe entenderse como un paradigma de pensamiento y práctica histórica, que puso especial énfasis en la singularidad y en la individualidad de los fenómenos históricos. Exigía por parte de los historiadores de comprender los fenómenos en su contexto histórico, en lugar de analizarlos a partir de leyes generales o de principios morales. El historicismo determinó así la concepción de hecho histórico: sólo accedían a ser hechos los que pasaban la ordalía de la crítica interna y externa del documento, los que habían sido cotejados con otras versiones y demostraban ser los más cercanos a los acontecimientos indagados, los cuales finalmente el historiador debía interpretar en su unicidad, utilizando el lenguaje adecuado del momento, no con conceptos y categorías que falsaran el contexto en el que se desenvolvían dichos acontecimientos. El hecho era finalmente una representación fidedigna del pasado, de lo acontecido, tal como había ocurrido. De ahí su obsesión de la indagación documental.

Su propuesta buscaba una comprensión del hecho en su momento y en su contexto, explicarlo, era situarlo en un marco interpretativo que distorsionaba la historia, su devenir, de ahí el privilegiar el narrar las cosas tal como ocurrieron. La Historia como ciencia de lo único, particular e irrepetible, no significa que se desconectara del todo, su ejercicio era inductivo. Su distanciamiento con la filosofía - que en parte era aparente -, se debía a que no compartía la postura deductiva, generalizante y apriorística. Ranke, concebía la existencia de una jerarquía que ordenaba el proceso histórico y que estaba por decirlo así, “direccionada” por el comportamiento humano guiado por ideas conscientes. Estas ideas las veía el historiador prusiano en unas individualidades históricas como los grandes estadistas, el Estado, las Naciones y los Pueblos. Con lo anterior se le añade otro carácter al hecho histórico, que es su íntima relación entre ideas y acontecimientos. De ahí que no fuese considerado como hecho histórico, a una gran cantidad de sucesos como las multitudes campesinas, obreros, las barriadas urbanas y la cultura popular, pues en ese momento, existía la concepción que las acciones y actos promovidos por los sectores sociales bajos, estaban modelados por las pasiones, instintos e ideas inconscientes. Por lo tanto no era susceptible de ser historiado, en tanto no tenía una conexión interna entre acción e idea racional⁷.

⁶Sobre el método de Ranke en: CORCUERA De MANCERA, Sonia. Op cit., pp. 117 – 145; GADAMER, Hans – Georg. “Lo cuestionable de la hermenéutica romántica y su aplicación a la historiografía”, en: Verdad y Método. Salamanca, Volumen I, ediciones Sígueme, 1999, pp. 225 – 276; CARRERAS ARES, Juan J. “El historicismo Alemán”, en: Estudios sobre historia de España Homenaje a Tuñón de Lara). Madrid, tomo II, Universidad internacional Menéndez Pelayo, 1981, pp. 627 – 641 y CASANOVA, Julián. La Historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?, Barcelona, Critica editorial, 1ª edición en biblioteca de bolsillo, 2003, pp. 39 – 45.

⁷Estas ideas en torno a la conexión de ideas con un acontecimiento, en buena medida las extrajo Ranke

Ranke partió de una lectura realista ingenua de los documentos, al creerlos depositarios de una verdad del pasado. Un realismo doctrinario como lo dice H. White, no advirtió que las fuentes no eran depositarios pasivos de la realidad de un momento histórico, ninguna fuente documental, ni siquiera la estadística puede expresarse por sí sola, pues nadie puede sustraerse a sus circunstancias personales, a su entorno social, religioso o político. En síntesis la propuesta explicativa de Ranke para la Historia, se distanciaba de otras propuestas del siglo XIX, como los positivistas que buscaban identificar las leyes universales y de la causalidad; de los marxistas que estudian la historia para encontrar las leyes que gobiernan efectivamente su desenvolvimiento histórico y los románticos que destacaban el juego del héroe.

Si bien la propuesta de Ranke, fue posteriormente reducida por sus discípulos y seguidores a una simple reconstrucción de acontecimientos y al ejercicio de elaborar un escrito imparcial, por fuera de los prejuicios y valores. Su conceptualización del hecho histórico estaba ligado a una idea, aun Geist (espíritu), que se encarnaba en las individualidades históricas como el Estado y sus servidores, por ello su proposición quedó reducida a una Historia política, que sirvió para legitimar en esos momentos y en diversas realidades estatales, los proyectos de construcción e invención de la Nación y en otros, para erigir desde la Historia oficial, el sentido de una sociedad predestinada a dominar a otras realidades culturales, que se encontraban rezagados frente al desarrollo histórico⁸.

Además, es pertinente aclarar que la concepción de hecho histórico en el historicismo alemán de corte rankeano, estaba conectado con el positivismo, al considerar la separación que hay entre el “dato” histórico y el historiador; el cual era posible tratarlo como cosa, para alcanzar la objetividad. De ahí el sentido de realismo ingenuo que algunos autores han denominado a su tratamiento del documento, al presuponer que éste encarnaba una realidad cristalizada del pasado, susceptible de ser arrancada del pergamino, por medio del ejercicio riguroso de parte del historiador⁹.

de su maestro Humboldt, que plasmó en su escrito de 1821, “sobre la tarea del historiógrafo”. Humboldt consideraba que la interpretación de la historia, concebía el nacimiento de la cultura por una fuerza espiritual y su disolución, por causas de orden material, era coherente con su narración de la historia, pero no daba cuenta del surgimiento de diversos fenómenos en el pasado. La historia es la lucha por la cristalización de una idea (espíritu), que en muchos casos puede fracasar pero al final se impone (lectura desarrollista). Sobre el particular se puede consultar a: CORCUERA De MANCERA, Sonia. Op cit., pp. 121 – 127.

⁸ Un ejemplo claro de este asunto es la idea del Destino Manifiesto, gestado inicialmente por un periodista norteamericano a mediados del siglo XIX y que posteriormente se convirtió en la idea modeladora de la Nación de los Estados Unidos, la cual consideraba que el pueblo Yankee estaba predestinada por Dios a dominar la tierra. Bajo este palio la historiografía oficial Norteamericana estuvo modelada hasta bien entrado el siglo XX, pues a partir de los años veinte y treinta de dicho siglo, empezó a cuestionarse dichos argumentos, en tanto el Destino Manifiesto era una idea traída de la tradición puritana calvinista de la predestinación, que sólo comprometía en buena medida a las corrientes religiosas puritanas, al blanco y a los Estados del Norte; por ende, la doctrina excluía a los nativos americanos, a los negros de las plantaciones, a la sociedad sureña y a los credos por fuera de la vertiente calvinista.

⁹ Sobre este asunto consultar a: WHITE, Hayden. *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México, FCE, 1ª reimpresión, 2001, pp. 161 – 186.

En el mismo momento que Ranke gestaba su propuesta historicista de la Historia, emergía en el mundo académico europeo el positivismo, una propuesta iniciada por Augusto Comte, que posteriormente ganó muchos epígonos, que consideraban la posibilidad de producir conocimiento objetivo y leyes generales de las actividades humanas, como lo hacían las ciencias naturales. En otras palabras, creían en la posibilidad de convertir todo el conocimiento del hombre y la sociedad en ciencia. Si bien entre fines del siglo XIX y principios del XX, fue la época del gran reparto en las ciencias sociales, este proceso distó de ser homogéneo en el caso de la historia, pues su adopción tuvo diversos matices, osciló desde las posturas eruditas y de anticuario a las que procuraban construir interpretaciones generales, con pretensiones de leyes.

En el primer grupo, los historiadores sólo buscaban recolectar lo máximo de información en los archivos, para tratar en lo posible de reconstruir el pasado, pero sin hacer afirmaciones a priori que “contaminara” la interpretación que estaba contenida en sí misma en los documentos. En este orden de ideas, el hecho, era considerado como una pieza de puzzle, que debía contribuir a reconstruir la totalidad de un suceso o acontecimiento histórico. El hecho era valioso por su particularidad y por la unicidad que éste contenía: al ser parte de una pieza, como parte de un juego de mecano, que entre más piezas se recolectara, era más posible alcanzar la reconstrucción total del acontecimiento. En esta corriente, la obsesión casi patológica de los hortelanos de la historia, era encontrar fuentes inéditas que ningún otro las hubiera hollado, después de haber sido fabricadas en un momento histórico¹⁰. Sobre la idea de una pieza única e irreplicable del acontecimiento, la posibilidad de elaborar una explicación o una generalidad, era un imposible, en tanto la historia era la ciencia de lo particular. Esta fue una postura fuertemente defendida por Víctor Langlois y Charles Seignobos, en el caso francés, quienes se enfrentaron a la crítica de Durkheim, que consideraba que era posible extraer de los hechos datos sociales y generales, no individuales y particulares¹¹.

La segunda propuesta se inscribió en la posibilidad de elaborar una historia que pudiese explicar los fenómenos del pasado y construir leyes del devenir histórico. En esta tendencia se adhirieron una minoría de historiadores que posteriormente triunfaría y se haría hegemónica a mediados del siglo XX, pero que en el XIX, fue una tendencia marginal, que se opuso a las tendencias del historicismo alemán y a la historia de anticuario y de recolección de documentos. Karl Lamprecht y Oto Hitze, en Alemania y Henri Berr, en Francia, son sin lugar a dudas los principales exponentes de esta corriente, que consideraron la posibilidad real y concreta, que en los datos históricos era posible hallar y rastrear generalidades. Fue la concepción de que el hecho histórico era social, en tanto en él contenía huellas e indicios de “regularidades” del devenir histórico, que explicarían el acaecer de las sociedades del pasado hasta el presente. Por ello fue una propuesta que se pensó en métodos

¹⁰ Esta es la tendencia que describe Collingwood, y que se puede consultar en su libro: *La idea de la Historia*. México, FCE, decimonona reimpresión, 1996, pp. 129 – 135.

¹¹ Este debate en parte se puede rastrear en: DURKHEIM, Emilio. “Debate sobre la explicación en historia y sociología” (1908), en: DURKHEIM, E. *Las reglas del método sociológico y otros escritos de filosofía de la ciencias sociales*. Barcelona, Altaya, 1994, pp. 292 – 312.

adecuados para extraer los contenidos sociales del hecho histórico, tales como el método comparativo de Hintze y los diálogos con la psicología social de Lamprecht, que consideraba que en ella se encontraban elementos esenciales para identificar procesos estructurales en el pasado¹²

En síntesis se estaba formulando un debate frente a la concepción del hecho histórico, que tendrá repercusiones en el siglo XX, en las posteriores tradiciones historiográficas que emergieron en Europa occidental y los Estados Unidos, particularmente. El debate se centraba en dos conceptualizaciones antinómicas del hecho histórica, una que lo considera individual, particular y contingente y otra que lo asumía como social, colectivo y trascendente; uno que consideraba la imposibilidad de formular leyes y generalizaciones del conocimiento histórico y otro que lo creía potencial y realizable. Pero fue un debate que se gestó al interior del mismo positivismo, y que compartían la posibilidad de extraer una verdad en la historia, así fuese una contingente y la otra trascendente, pero al fin y al cabo con su estatuto de verdad¹³.

A inicios del siglo XX se empezó a gestar un malestar en diversos círculos académicos frente a la postura erudita y coleccionista de la historia, estas críticas que venían de la Sociología y de la misma Literatura, expresaban que los relatos históricos eran carentes de vida, donde el ser humano no se reflejaba, sino más bien era un ejercicio intelectual propio de un “murciélago de erudición”, que vegetaba en las cornisas de los archivos a la espera de capturar el dato que le permitiera reconstruir el acontecimiento¹⁴. Esta reacción que emergió en diversos mundos nacionales académicos, ha sido emblemático por los padres de la escuela de los Annales: Marc Bloch y Lucien Febvre, pero no fue propio de la historiografía francesa, sino que más bien fue un

¹² Karl Lamprecht, sin abandonar el Estado nacional alemán, difirió de la postura de la historia de sus colegas historicistas en dos aspectos fundamentales. “por un lado, combinaba el examen del desarrollo político de Alemania desde el medioevo con un interés en la economía, las condiciones sociales y la cultura. Desde el punto de vista metodológico, además, añadía, a un planteamiento clásico cronológico narrativo. Eso en absoluto significaba volver a la filosofía de la historia de Hegel, frente a la cual el historicismo había reaccionado, porque sus métodos, a través de los cuales había deducido las fases del desarrollo histórico desde lo que el consideraba su necesaria correspondencia con los procesos clásicos de la mente humana, seguían juzgándose falsos. Pero. Eso sí, Hegel estaba en lo cierto al asumir que existía una obligada conexión causal en la historia universal a partir de la cual era posible descubrir y formular leyes de desarrollo histórico...”; CASANOVA, Julián. *La Historia social y los historiadores ¿Cenicenta o princesa?* Barcelona, Crítica editorial, 1ª edición biblioteca de bolsillo, 2003, pp. 51 – 52; Sobre su indagación en la Psicología social por Lamprecht, en un esfuerzo de lograr una conexión entre lo individual o grupal y lo social, ver en: OLABERRI CORTAZAR, Ignacio. “Qué historia comparada”. En: *Studia histórica*, 1992, Vol. X – XI, pp. 33 – 75.

¹³ El debate sobre la esencia del hecho histórico, se encuentra presente en las posturas de Durkheim y Simiand, que consideraban el hecho como social, mientras Seignobos y Langlois, lo consideraban particular. Estas posturas frente a una metodología nomotética e ideográfica respectivamente, en el siglo XX, se expresaron en diversas propuestas metodológicas, que a inicios de los sesenta, se empieza a sentir la búsqueda por formulaciones que tengan en cuenta, tanto lo uno como lo otro, y hoy forman parte de enfoques teórico metodológicos, que responden ante la crisis de los paradigmas tradicionales y su incapacidad para tener una respuesta adecuada al cambio social. En estas propuestas se puede adscribir las posiciones del sociólogo polaco Norbert Elías, la sociología fenoménica que se inicia con Alfred Schutz y sus discípulos Peter Berger y Thomas Luckmann, el estructuracionismo de Anthony Guiddens.

¹⁴ MASTROGREGORI, Máximo. *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio del historiador*. México, FCE, 1ª edición, 1998, pp. 12 – 15.

fenómeno presente en Inglaterra. Italia, Alemania, Bélgica y los Estados Unidos; reacción que posteriormente va denominarse genéricamente “*Historia social*”, pero que muy poco tuvieron en común y más bien su punto de conexión fue la alergia a la historia de coleccionista y erudita de archivo, y a la historia política¹⁵.

La Historia social, fue más bien una diversidad de tendencias que rechazaron las posiciones del hecho histórico, desde una perspectiva empírica vulgar, en tanto se reducía el asunto, después de comprobar la fiabilidad del documento, en recolectar y recolectar información. Ahora se hacía un llamado a la necesidad de explicar y elaborar generalizaciones del pasado; de la posibilidad de identificar tendencias, regularidades, en los procesos históricos o de poder conectar un problema de investigación con el todo, con la sociedad. En este sentido se volvió al debate decimonónico de si el hecho era individual o social. La respuesta fue social, pero con diversos matices, según las tradiciones académicas de los derroteros nacionales¹⁶.

En el caso francés, la escuela de los *Annales* fue una escuela eminentemente nacional, como lo planteó Germán Colmenares¹⁷, este hecho se desprende de que no se puede entender el programa de los *Annales* si se desconoce la tradición académica francesa en otras áreas sociales, como la propuesta metodológica y teóricas de Durkheim, al enfatizar en los efectos de los procesos sociales a largo plazo, y el interés en las tendencias demográficas y económicas¹⁸. Dicha propuesta

¹⁵ Respecto al surgimiento de la “historia Social”, como una reacción a la historiografía tradicional en: CASANOVA, Julián. La Historia social y los historiadores... Op cit., pp. 39 – 64; FONTANA, Joseph. La Historia de los hombres: el siglo XX. Barcelona, Crítica, 1ª edición biblioteca de bolsillo, 2002, pp. 9 – 24; sobre lo que significó la historia social y la diversidad de propuestas que en ella contuve ver en los mismos autores en las siguientes páginas respectivamente: pp. 64 – 139 y 25 – 59;

¹⁶ HOBBSAWM, Eric. “From social history to the history society”, *Daedalus*, N. 100, 1971, pp. 24 – 45 (traducción de Germán Colmenares), artículo en la que el autor se atrevió en ese momento a presentar los temas que comprometían ser una historia social, hoy dicho ejercicio sería casi un imposible por la diversidad de temas y subtemas en que se ha dividido.

¹⁷ COLMENARES, Germán. “La historiografía científica del siglo XX. El caso de la escuela de los *Annales*”, en: Ensayos sobre historiografía. Bogotá, Tercer mundo editores, Colciencias, Universidad del Valle, 1997, pp. 15 – 56.

¹⁸ APPLEBY, J; HUNT, L y JACOB, M. La Verdad sobre la Historia. Barcelona, Andrés Bello editorial, sin fecha de edición, p. 82. Es indudable que buena parte de los problemas que recabaron los principales representantes de la denominada primera generación de los *Annales*, fue modelado por las inquietudes teóricas de la sociología de Durkheim, basta ver el esfuerzo conceptualizador de Bloch, sobre el concepto Durkhemiano de “representaciones colectivas”, para aplicarlo a la historia en su trabajo de los Reyes taumaturgos, que lo transformó en “*representaciones sociales*”, en un esfuerzo por parte del historiador por volver el concepto más operacional, por así decirlo al cambio histórico. De la misma manera, el estudio de Lucien Febvre sobre “el problema de la incredulidad en el siglo XVI: la religión de Rebelais”, parte de una crítica contra las tesis que hicieron algunos investigadores sobre la obra de Rebelais, que supuestamente socavaba la hegemonía del cristianismo en ese momento histórico; Febvre con el enfoque teórico del sociólogo en mención, consideró que lo colectivo construye una realidad social, unas representaciones colectivas que se convierte en objetiva, en tanto la colectividad es constructora del proceso pero en un momento dado ya no es dueña del mismo. En este sentido los procesos sociales colectivos hacen que el hombre se encuentre atrapado en estas representaciones; de ahí que pensar en el siglo XVI en hombres incrédulos, es desconocer el “ambiente mental” en la que se encontraban inmerso el colectivo social, es un anacronismo, pues en ese momento el término ateo, no tenía la connotación que tiene en el presente, era una palabra de difamación, “usada en cualquier sentido que uno quisiera darle”. Según Febvre, Rebelais era

se va cristalizar de una manera más fidedigna en los estudios por identificar los procesos estructurales en los cuales se ven inmersos los colectivos, las sociedades y las civilizaciones y que se condensarán metodológicamente en las series de tiempo y su proyección en curvas o gráficas¹⁹.

En este punto, los Annales retomaron un debate inconcluso del siglo XIX ¿El hecho era individual o social? Para la primera y posteriores generaciones de esta tradición historiográfica, la respuesta fue contundente, era social y para ello las series de tiempo le daban la razón. La Historia no fue concebida como una serie de hechos únicos e irrepetibles, existía en el fondo de los rastros documentales huellas de una recurrencia, de una regularidad, que daba cuenta de procesos estructurales, donde los datos de una supuesta historia *évènementielle*, no habría lugar. El hecho único e irrepetible, se transformó de esta manera en un hecho social, en una clara conexión con la episteme Durkhemiana²⁰. De ahí que fuera posible trazar tendencias y posibles generalizaciones sobre el desenvolvimiento de las sociedades, e incluso *cuasi* leyes del devenir histórico.

Pero reducir la propuesta del hecho histórico de los Annales a esta posición, es desconocer que en todo colectivo, al interior hay tendencias, divergencias y pugnas, los Annales no fue la excepción. Frente a su pretensión de identificar las regularidades del desenvolvimiento histórico, también emergió un programa de investigación de hacer una Historia total. Esta posición se enmarcó dentro de las propuestas iniciales de tener un diálogo abierto con las demás ciencias sociales de la tradición académica francesa, y que toda investigación histórica partía de un problema, en el cual una parte de la solución se hallaba en otras áreas del conocimiento, que con sus teorías, metodologías y técnicas ayudarían a la recolección, organización e interpretación de los datos²¹. En este sentido, lo total emergía de la necesidad de insertar un problema de investigación

un cristiano de corte erasmiano: un crítico de muchas formas exteriores de la iglesia medieval tardía, pero hombre que creía en la religión interior. En síntesis Febvre, consideró que el momento histórico de Rebelais, no permitía la existencia del sentido del ateísmo de hoy, pues el contexto sociohistórico no lo permitía, por lo tanto no se podía entender la obra del escritor francés en esos términos de ser un incrédulo, que buscaba socavar el cristianismo del momento. Consultar a: SILVA, Renán. “Sobre sociología e Historia”, en: A la Sombra de Clío. Diez ensayos sobre historia e historiografía. Medellín, La carreta histórica, 2007, pp. 17 – 42; BURKE, Peter. La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929 – 1989. Barcelona, Gedisa editorial, 2006; en este último libro citado, sobre Lucien Febvre ver las páginas 33 a la 37; los planteamientos de Durkheim sobre la conciencia colectiva y las representaciones colectivas, se pueden hallar en: DURKHEIM, Emilio. La división del trabajo social. Madrid, ediciones Akal, 4 edición, 2004, especialmente desde el capítulo II en adelante.

¹⁹ Si bien como ya lo he expresado en los párrafos anteriores y en la cita precedente, la propuesta metodológica de los Annales no se puede desconectar de los planteamientos centrales de E. Durkheim. De la misma manera el esfuerzo por construir el hecho estructural, parte de esta simiente durkheimiana y de algunos esfuerzos previos de F. Simiand, sobre estudios de ciclo económico, que son los antecedentes para el trabajo monumental de Ernest Labrousse. Sobre la conceptualización del Hecho histórico como estructura, consultar: LABROUSSE, Ernest. Las estructuras y los hombres. Barcelona, ediciones Ariel, 1969.

²⁰ Este asunto se percibe con claridad en la propuesta metodológica de Durkheim del hecho social y tiene su cristalización en la escuela de los Annales en la reflexión sobre la estructura, que es sin lugar a dudas uno de los mayores aportes metodológicos y del pensar del oficio en la historiografía francesa al mundo.

²¹ Este planteamiento se encuentra en: FEBVRE, Lucien. Combates por la Historia. Barcelona, ediciones Ariel, 1978.

en el contexto sociohistórico, que implicaba tener en cuenta la Geografía, la Economía, la Demografía, la Psicología, entre otros factores, pero claro está, no la Política. Si bien la pretensión de una Historia total era un imposible, al no haber vida humana capaz de dar cuenta de todas las variables presentes en un problema histórico, parte de estas pretensiones se cristalizaron en la denominada historia regional, que redujo la investigación a unidades espaciales más manejables en términos documentales, donde era posible alcanzar ese ideal. Aquí el hecho histórico tuvo una connotación un poco diferente, frente si este era individual o social, la respuesta fue ecléctica, lo era tanto de lo uno como de lo otro. Hacer Historia total era hacer una historia de los grandes procesos estructurales de las colectividades humanas dentro de territorialidades, pero teniendo en cuenta cómo se insertaban en lo regional, cómo se adaptaban y penetraban; fue en parte una respuesta a esa historia de estructuras donde el hombre se diluía en series y tendencias, para dar paso a una mirada de las estructuras que impactaban colectivos territoriales y a su vez, cómo dichas estructuras eran también modeladas en la región, se abrió así paso a una lectura más interaccionista de la estructura, que ya no era tan hegemónica frente a los individuos y las sociedades.

Si bien la primera generación de los Annales no dejó muy claro la forma de abordar una Historia total, los estudios de biografías de Lucien Febvre sobre Lutero y Margarita de Navarra, son ejemplos de como desde esta época, la escuela hizo reflexiones de unir el hecho social con el individual. En sus obras biográficas Febvre, muestra como había que entender estas personalidades históricas en el contexto histórico de su tiempo, eran seres “atrapados” en unas representaciones colectivas, pero aun así no desconoció su capacidad para romper las tendencias y regularidades del proceso histórico. Hoy, parte de esta tradición epistémica se halla inserta en el denominado método biográfico o historias de vida, de los enfoques cualitativos que argumentan haber pisado en terreno virgen, cuando ya otros habían llegado²².

²² El método biográfico es considerado una postura anti-positivista, en tanto busca recuperar al ser humano en toda su subjetividad y por su énfasis dinámico temporal. En otras palabras el enfoque busca situar la historia de un individuo en su dimensión subjetiva, y en el contexto sociocultural - temporal en que se desenvuelve su ciclo de vida. Es un esfuerzo por establecer una “correlación” entre la subjetividad expresiva de la conciencia y la objetividad construida de la estructura. El estudio biográfico de Lucien Febvre, sobre Martín Lutero, expone su interés por resolver el problema entre la relación individuo - grupo, entre la iniciativa personal - la necesidad social, “... observaba Febvre que en 1517 existían potenciales discípulos de Lutero, los miembros de la burguesía una vez más, un grupo que estaba adquiriendo “un nuevo sentido de importancia social” y que se sentía incómodo a causa entre la mediación clerical entre Dios y el hombre. De cualquier manera, Febvre se negaba a reducir las ideas de Lutero a una expresión de los intereses de la burguesía...”. Como podemos apreciar la intención de Febvre, al hacer biografías, se encaminaba a establecer las conexiones entre lo individual y lo social, si bien no es posible considerar su perspectiva como método biográfico, es indudable la conexión existente entre las dos posturas al momento de abordar la vida de un hombre en un momento histórico. También en la oración citada, se puede mirar con claridad la conexión con la propuesta de Durkheim, en tanto son las ideas que se encuentran presentes en la “conciencia colectiva”, las que permiten legitimar ciertos procesos. Por ejemplo, si la sociedad hay individuos que hablan de individualidad, es que en la conciencia colectiva hay ya espacios de representación de esta noción. Sobre el método biográfico: PUJADAS MUÑOZ, Juan José. El método biográfico: el uso de las historias de vida en las ciencias sociales. Madrid, Centro de investigaciones sociológicas (CIS), 1ª edición, 1992, pp. 7 – 14. Sobre la cita en: BURKE, Peter. La revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929 – 1989. Barcelona, Gedisa, 2ª reimpresión, 2006, p. 27; FEBVRE, Lucien. Martín Lutero. México, Fondo de cultura económica, colección breviaros, varias ediciones.

En el caso de la historiográfica norteamericana, la denominada *New economic history* (que fue una escuela de historia económica, o más bien de economía histórica), al igual que los *Annales*, fue una escuela eminentemente nacional que respondió a una serie de inquietudes propias de la nación estadounidense, particularmente la denominada teoría de la modernización, que tiene sus raíces en los estudios de Alexis Tocqueville, que al comparar la sociedad norteamericana y la francesa, identificó una serie de procesos que darían cuenta del sentido de la democracia en América. Este estudio seminal dio origen a una serie de investigaciones que hoy ha sido denominados programa *toquevilliano*, los cuales tiene por objetivo identificar cuál ha sido el factor que convirtió a los Estados Unidos en una hegemonía imperial²³. Los caminos trazados por Tocqueville, acerca de las características afortunadas de la nación americana, junto con los estudios de Marx Weber, sobre el surgimiento de la racionalidad y la modernidad occidental, fomentaron por parte de economistas a tratar de encontrar la variable que diese cuenta del despegue económico (*take off*) del país del norte²⁴. De la mano de la econometría, elaboraron amplias bases de datos, que con cálculos matemáticos y modelos económicos, permitieran recrear el crecimiento, para ello recurrieron a la historia contra-factual, con el claro objeto de aislar variables e identificar qué factores eran los que estaban presentes y dieran cuenta de dicho crecimiento²⁵.

Sobre el hecho Histórico, el problema se centraba en que lo era, en tanto formaba parte de un entramado de significados, que en este caso de una teoría económica de preferencia neoclásica. Los hechos entrarían a formar parte de esa realidad empírica, que debía ser contrastada con el modelo económico, ya sea para validarlo o refutarlo. Aquí el dato, quedaba atrapado en la teoría, la formulación de modelos y el análisis de regresión²⁶. En otras palabras, el hecho histórico era una fabricación un poco amañada para identificar procesos de una racionalidad capitalista, que en parte podían ser criticados por un desconocimiento de la economía política del contexto histórico. Así unos libros de contabilidad de una actividad minera, podían ser interpretados para identificar la productividad de dicho entable, adjudicando a esos seres humanos, muy posiblemente una intencionalidad que ese momento histórico no operaba.

²³ Toda una generación de interpretes que han estudiado la “civilización” americana con el espíritu propio de la postguerra, han tomado como punto de partida a Alexis Tocqueville, para elaborar una particular explicación de las características afortunadas y únicas de su país, estos son los casos de Louis Hartz y su trabajo sobre la tradición liberal americana (1955), en la que sostenía que la ausencia de estructuras feudales era parte de la clave para entender la tradición liberal y demócrata de los Estados Unidos, en esta misma línea se inscriben los trabajos posteriores de Martin Lipset, Frank Tannenbaum, Hebert Klein, entre otros, consultar en: MAIER, Charles. “La Historia comparada”. En: *Studia histórica*, Madrid, Volumen X – XI, 1992, pp. 26 – 27.

²⁴ APPLEBY, J; HUNT, L y JACOB, M. *La Verdad sobre la Historia*. Barcelona, Andrés Bello editorial, sin fecha de edición, p. 82; este esfuerzo ha sido denominado por algunos como programa *weberiano* en: MAIER, Charles. “La historia comparada”, *Op cit.*, pp. 20 – 22.

²⁵ Si bien los resultados fueron cuestionados, la *Cliometría*, junto con sus propuestas contra-factuales, evidenciaron que no existía un factor determinante que explicase el *Take off*, que en antaño se había expuesto para explicar el fenómeno económico, al igual que en su momento se concedió a grandes personalidades históricas. CARRERA ARES, Juan José. “Escuelas y problemas de la historiografía actual”, en: *Razón de Historia. Estudios de historiografía*. Madrid. Marcial Pons /Prensas universitarias de Zaragoza, 2000, pp. 111 - 134

²⁶ BACCINI, Alberto y GIANETTI, Renato. *Cliometría*. Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondomari, 1ª edición, 1997, pp. 7 – 12.

Pero tanto la escuela de los Annales y la cliometría norteamericana, compartieron un estatuto epistemológico, en el fondo de sus reflexiones, estaba la pretensión de verdad del positivismo, que se podía alcanzar con una vigilancia metodológica de los hechos.

El marxismo fue otra corriente historiográfica, que si bien surgió en el siglo XIX, es en el siglo XX para el caso de la Historia, donde se hallan sus principales desarrollos. Parte de sus logros se deben a una serie de nuevas lecturas por parte de intelectuales que hicieron precisiones a los postulados de Karl Marx, y, en otros, recabaron áreas que el padre del marxismo descuidó o simplemente desconoció. En la tradición disciplinar histórica, sin lugar a dudas el grupo más emblemático de esta corriente fue y es la denominada “historiografía marxista inglesa”²⁷. Dicha escuela que para algunos autores es entendida como un trabajo colectivo y un ejemplo que desde la historia se puede contribuir a la teoría social²⁸, se caracterizó por tratar de encontrar sentido a una serie de acciones colectivas por parte de los sectores sociales bajos, inaugurando de esta forma la denominada historia desde abajo²⁹.

En términos generales la conceptualización del hecho histórico, estuvo estrechamente relacionada con norte programático de investigación, que comprometía rescatar de los polvorientos documentos los hombres y mujeres ignorados y ocultados por la historia; estudiar sus luchas, sus niveles de vida, sus ideologías y creencias. Hacer historia desde abajo hacía arriba, era situar al individuo dentro de un contexto, que permitiese encontrar sentido a sus acciones y resistencias. Por ello el hecho histórico fue concebido tanto social como individual; pero sus planteamientos fueron un poco más allá, en una clara lucha contra aquellas disciplinas –la Sociología particularmente y algunas corrientes historiográficas–, que concibieron el hecho como una existencia objetiva, y que podía concebirse como algo estático, susceptible de ser encajonado en estructuras piramidales, para dar cuenta de la jerarquías sociales. Edward Palmer Thompson y George Rudé, han sido sin lugar a dudas los principales exponentes de esta

²⁷ Sobre la escuela marxista británica y su inserción en el mundo académico en: FONTANA, Joseph. *La Historia de los hombres: el siglo XX*. Barcelona, Crítica editorial, 1ª edición 2002, pp. 61 – 86 y CASANOVA, Julián. Op cit., pp. 89 y siguientes.

²⁸ KANYE, Harvey J. *Los historiadores marxistas británicos*. Zaragoza, Prensas universitarias, 1898; del mismo autor (Editor), RUDÉ, George. *El rostro de la multitud*. Estudios sobre revolución, ideología y protesta popular. Valencia, Biblioteca de Historia social, 2001, pp. 15 – 77; en esta misma perspectiva de considerar la escuela marxista británica una contribución colectiva a la teoría social, es: GÓMEZ B, Gutmaro. “La Historia social británica: memoria a una contribución colectiva”, en: *Memoria y Comunicación social*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Vol 8, 2003, pp.119 – 137.

²⁹ Generalmente se ha asociado la historia desde abajo a la tradición marxista inglesa, pero dicha variante de la denominada Historia social, también se desarrolló en otras latitudes atendiendo a las tradiciones académicas nacionales. Pero indudablemente la formación y cristalización de esta denominada forma de hacer historia, ha estado estrechamente relacionada con la teoría marxista, en buena medida por el interés del conflicto entre dominadores vs dominados; de ahí que no sea extraño identificar una corriente historiográfica francesa de estudios desde abajo, de corte marxista, por fuera de los Annales, que iniciaron unos estudios sistemáticos sobre las rebeliones y resistencias de las comunidades campesinas preindustriales y la participación de diversos estamentos sociales bajos en la revolución francesa. Entre los principales representantes de esta tradición que se inició a fines del siglo XIX con Jean Jaures, se encuentra Albert Soboul. Claro está, también hay variantes de esta corriente historiográfica por fuera del marxismo, como Roland Mousnier, quien mantuvo acalorados debates con algunos marxistas frente a si se podía considerar las rebeliones de las sociedades preindustriales como de clases o de estamentos u ordenes sociales.

tradición académica, los cuales en sus esfuerzos por desentrañar los entramados de las acciones colectivas “populares”, las ideologías, los mundos de unos seres humanos que vivieron en una época de conformación de la primera sociedad industrial del mundo, de la mano de categorías centrales marxistas tales como Conciencia de Clase, Lucha de Clase, relaciones sociales de producción, entre otras, buscaron por fuera del análisis estadístico y las series de tiempo, rescatar las subjetividades y las experiencias de hombres y mujeres que desarrollaron su ciclo de vida en un momento histórico.

El hecho, el dato, el indicio contenido en los manuscritos judiciales e informes de policía, fue concebido por lo tanto de una manera plural, en tanto daba cuenta de lo particular, como del contexto social en el que se desarrollaba. Se sentó por lo tanto un programa de concebir el proceso histórico con el sujeto, que buscó no reducir a los “... grupos sociales a simples portadores de relaciones sociales, al no confundir las clases sociales con las relaciones sociales de producción y al dar un espacio propio a la acción humana”³⁰. Esto permitió dar apertura a una serie de factores que habían sido desconocidos u ignorados por la tradición marxista, como la cultura y la experiencia de los hombres en la vida cotidiana, y que hoy ha hecho de la historia desde abajo hacia arriba y los estudios de los denominados movimientos sociales, una de las corrientes más dinámicas de la Historia mundial³¹.

Pero a pesar del florecimiento de la historia social entre los años treinta y sesenta del siglo XX, a inicios de la década de los setenta, el movimiento historiográfico con sus diversos matices empezó a manifestar en una profunda crisis. Crisis que difícilmente puede adjudicarse en el caso de la escuela de los Annales, por citar un ejemplo, a las mutaciones que su propuesta inicial ha tenido, particularmente las iniciadas desde la denominada “tercera generación”, que algunos han calificado como de traición a los postulados de sus mentores, y otros que consideran que la desintegración del programa de los Annales, se halla en las bases iniciales de su fundación (Durán y Fontana)³². Si entrar en los debates sobre este asunto, el hecho es que parte de la crisis presente en la disciplina histórica actual, se debe a múltiples factores: pasa por las dificultades de

³⁰ THOMPSON, Edward P. *Historia social y antropología*. México, Instituto Mora, 1ª edición 1994, p. 13.

³¹ Si bien este no es el espacio para presentar los caminos abiertos por la escuela marxista británica, es pertinente anotar que a partir de sus investigaciones rompieron la lectura mecánica de las acciones colectivas directas de los sectores sociales bajos, que reducían las protestas a una relación causal simple, por ejemplo impuestos = levantamientos; hambre = motín. Sus pesquisas permitieron identificar componentes esenciales que permitían el florecimiento de los levantamientos e insurrecciones en las sociedades preindustriales, tales como la cultura, la experiencia colectiva de grupo, los marcos de creencias, entre otros, con ello se alejaron de las posturas marxistas dogmáticas, quienes consideraron la conciencia de clase como un factor de gravedad para darle contenido político a las luchas sociales, en tanto al tenerla, los dominados, eran concientes de la necesidad de transformar las relaciones sociales de producción y dominación, que eran las que sustentaban la injusticia, la explotación y la miseria. Sus aportes en este campo, que no fue exclusivo de centrarse en los grandes movimientos sociales, permitió el desarrollo de los estudios de la subalternidad en la India, a la cabeza de Ranajit Guha, que en los años setenta era un profesor universitario e Inglaterra, el cual congregó a historiadores, antropólogos y sociólogos a repensar la historia de la India, especialmente bajo el dominio del Raj y los denominados estudios culturales, a partir de los análisis literarios que una variante de la escuela marxista empezó a incursionar.

³² CASANOVA, Julián. *La Historia social y los historiadores ¿Cenicienta o princesa?* Barcelona, Crítica editorial, 1ª edición biblioteca de bolsillo, 2003, p. 55.

lograr construir un modelo que de cuenta del cambio histórico, dolencia que también padece las demás ciencias sociales; el derrumbamiento de las certezas epistémicas (si alguna vez lo hubo) de la objetividad del investigador y la imposibilidad de reconstruir en su totalidad el pasado; y, la crisis de los historicismos de corte Liberal del progreso y desarrollo y del Marxismo con sus modos de producción, que a lo largo del siglo XX, con diversos acontecimientos manifestaron que la Historia no tenía un derrotero previo y con ello se cuestionó todas las interpretaciones de la teleología de la modernidad.

Pero tal vez uno de los factores centrales frente a la crisis de la disciplina histórica, radica en el cuestionamiento de la “verdad” y en especial esa “verdad objetiva”. Con la democratización del acceso universitario en los Estados Unidos desde los años sesenta, proceso del cual no es ajeno los países latinoamericanos, irrumpió en los salones una serie de individuos procedentes de grupos sociales que tradicionalmente no accedían a una educación superior, me refiero a mujeres, negros, grupos étnicos, obreros, que en el caso de la historia, se enfrentaron a una serie de relatos, que poco o nada decían de la participación de sus pares en los procesos históricos. Estos nuevos educandos al momento de enfrentarse con sus trabajos de grado, empezaron a promover una serie de investigaciones que se alejaban radicalmente de las tendencias temáticas hegemónicas de los diversos departamentos de historia. De esta manera pusieron en escena los olvidos de una historia nacional que se había edificado sobre el héroe, el notable y el poderoso, o en el caso norteamericano en el blanco, puritano y empresario. Los nuevos egresados con sus investigaciones, inconscientemente cuestionaron todo el andamiaje del relato histórico tradicional, al poner en la superficie otras versiones del proceso histórico, con agentes que habían sido ignorados, la historia dejó de ser lo que era antes, al cuestionarse de esta forma las verdades que por generaciones había inculcado y considerado trascendente³³.

Frente a la emergencia de una nueva pluralidad de versiones sobre el proceso, el acontecimiento, la acción histórica, surgía ya en ese mismo momento una serie de autores que hoy han sido etiquetados como postmodernistas, los cuales como toda tendencia intelectual no puede reducirse a una tendencia específica, pero en general los diversos pensadores que han sido adscritos a esta casa de familia, tienen en común de tornar problemática la creencia en el progreso, en la moderna periodización de la historia y en el individuo como hacedor y conocedor³⁴.

Al subrayar la fragmentación de la identidad personal, atacan la noción occidental de *self* individual, eje medular de la filosofía del siglo XVIII, al considerar que la razón es una construcción ideológica que sustenta a las sociedades liberales³⁵. Si a

³³ APPLEBY, J; HUNT, L y JACOB, M. La Verdad sobre la Historia. Barcelona, Andrés Bello editorial, sin fecha de edición.

³⁴ Una buena síntesis de las posturas de los autores más representativos de esta corriente se encuentra en: JENKINS, Keith. ¿Por qué la Historia? México, Fondo de cultura económica, colección breviaros, 1ª edición, 2006.

³⁵ Paradójicamente este mismo planteamiento del ataque de la noción del Self individual occidental, consideran algunos autores que estos planteamientos se vulneran en si mismo las premisas del

lo anterior se le agrega algunas posiciones críticas sobre el conocimiento científico, en tanto este obedece a agendas sexistas, políticas e ideológicas, se obtiene todo un panorama desalentador en torno a la posibilidad de la verdad histórica, que tanto reclamó en el siglo XX las corrientes historiográficas que estuvieron ancladas en unas epistemologías positivistas.

Pero referente al asunto que nos convoca, sobre la concepción del hecho histórico, la crítica postmoderna puede ser considerado como un torpedo, que impacta debajo de la línea de navegación y exactamente en la bodega de pólvora del buque positivista de la historia, pues si nos atenemos sólo a lo planteado por Jacques Derrida, desde su perspectiva del deconstruccionismo, al considerar que los textos de cualquier tipo, ocultan tanto como expresan para mantener la vanidad vaga del logocentrismo, o sea la idea errónea de que las palabras expresan la realidad. Su propuesta demuestra que un texto admite múltiples interpretaciones, pues los significantes carecen de conexión esencial con lo que significan. En síntesis los postmodernos cuestionan abiertamente algo que intuyó Ferdinand Saussure, acerca de que las ideas no se adhieren de manera permanente a los objetos, que los significados de las palabras, no son trascendentes y que sólo expresan un significado en tanto se encadenan a otra palabras, ello sin contar que los contextos históricos, sociales y culturales, son determinantes en el momento de captar el significado. De esta manera el documento histórico dejó de ser estable, para ser telúrico, susceptible de diversas interpretaciones, que además de ser fabricado en un contexto histórico, social y cultural específico, no encarnaba una verdad fosilizada del pasado, sino más bien encarnaba la visión de mundo del amanuense, de una realidad que no era objetiva y que estaba construida socialmente y para volverla más problemática, sobre el Lenguaje, el cual es totalmente inestable³⁶.

En este sentido, hoy frente al cuestionamiento de una verdad y una objetividad en la historia, el panorama es de un profundo escepticismo por parte de las nuevas generaciones de historiadores comprometidos con la reflexión de su oficio. La historia no es la de antes, sus metarelatos de antaño adorados, difícilmente pueden ser hoy legitimados tal y como fueron expuestos, el camino, hoy no es camino y, las diversas rutas que tienen los buques historiográficos en el presente, son un ejemplo que no hay puertos, ni faros en las costas claramente delimitados.

multiculturalismo: "Sin un *self* identificable sería innecesario preocuparse por la diversidad cultural, el orgullo étnico y las identidades amenazadas. Sin Sujeto no habría políticas de identidad ni de autoafirmación cultural", Cfr: APPLEBY, J; HUNT, L y JACOB, M. Op cit, p. 192.

³⁶ JENKINS, Keith. ¿Por qué la Historia? Op cit., pp. 69 – 151.

Bibliografía.

- APPLEBY, J; Hunt, L; JACOB, M. (S.F) La Verdad sobre la Historia. Barcelona, Andrés Bello editorial, 1ª edición. 319 Págs.
- BACCINI, Alberto; GIANETTI, Renato. Cliometría. Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondomari, 1997, 1ª edición. 231 Págs.
- BURKE, Peter. La Revolución historiográfica francesa. La escuela de los Annales: 1929 – 1989. Barcelona, Gedisa, 2006, segunda reimpresión. 146 Págs.
- BURY, John. La Idea del progreso. Madrid, Alianza Editorial, 2009. primera edición en “Área de conocimiento. Humanidades”.
- CARRERA ARES, Juan José. “El historicismo alemán”, en: Estudios sobre historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara) Madrid, Universidad Internacional Menéndez Pelayo. 1981.
- CARRERA ARES, Juan José. Razón de Historia. Estudios de historiografía. Madrid, Marcial Pons / Prensas Universitarias de Zaragoza. 2000. 358 Págs.
- CASANOVA, Julián. La historia social y los historiadores ¿Cenicienta o princesa? Barcelona, Crítica editorial, 1ª edición en biblioteca de bolsillo. 2003, 178 Págs.
- COLMENARES, Germán. “La historiografía científica del siglo XX. El caso de la escuela de los *Annales*”, en: Ensayos sobre historiografía. Bogotá, Tercer mundo editores, Colciencias, Universidad del Valle. 1997, 48 Págs.
- COLLINGWOOD, R. G. La Idea de la Historia. México, FCE, 1996, decimonona reimpresión. 383 Págs.
- CORCUERA DE MANCERA, Sonia. (1997) Voces y silencios de la historia. México, FCE, 424 Págs.
- CHALETET, Françoise. “La Historia”, en: Historia de la Filosofía. Ideas y doctrinas. La Filosofía de las ciencias sociales, el siglo XX. Madrid; ediciones Aguilar, tomo IV. 1983.
- DURKHEIM, Emile. La reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las Ciencias Sociales. Madrid, Ediciones Altaya. 1994, 149 Págs.
- DURKHEIM, Emile. La División del trabajo social. Madrid, Akal, 4ª edición. 2004.
- GÓMEZ B, Gutmaro. (2003) “La Historia social británica: memoria a una contribución colectiva”, en: Memoria y Comunicación social. Madrid, Universidad Complutense de Madrid, Vol 8, pp.119 – 137.

- FEBVRE, Lucien. Martín Lutero. México, FCE, colección breviaros, 1956, 256 Págs.
- GADAMER, Hans – Georg. “Lo cuestionable de la hermenéutica romántica y su aplicación a la historiografía”, en: Verdad y Método. Salamanca, Volumen I, ediciones Sígueme. 1999.
- HOBBSAWM, Eric. “From social history to the history society”, Daedalus, N. 100. 1971.
- JENKINS, Keith. ¿Por qué Historia? México, FCE, colección breviaros, 1ª edición. 384, Págs.
- KAYE, Harvey J Los historiadores marxistas británicos. Zaragoza, Prensas universitarias. 1989, 240 Págs.
- KAYE, Harvey J. (Editor), RUDÉ, George. El rostro de la multitud. Estudios sobre revolución, ideología y protesta popular. Valencia, Biblioteca de Historia social. 2001, 227 Págs.
- LABROUSSE, Ernest; ZAZZO, René. Las estructuras y los Hombres. Barcelona, ediciones Ariel. 1969, 165 Págs.
- MAIER, Charles. “La Historia comparada”. En: Studia histórica, Madrid, Volumen X – XI, pp. 26 – 27. 1992.
- MASTROGREGORI, Máximo. El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio del historiador. México, FCE, 1ª edición. 1998, 141 Págs.
- OLABERRI CORTAZAR, Ignacio. “Qué historia comparada”. En: Studia histórica, Vol. X – XI. 1991.
- SILVA, Renán. A la sombra de Clío. Diez ensayos de historia e historiografía. Medellín, La carreta histórica. 2007, 141 Págs.
- THOMPSON, Edward P. Historia social y antropología. México, Instituto Mora, 1ª edición. 1994, 82 Págs.

Recibido: 28 de mayo de 2010

Aprobado: 25 de junio de 2010